

Más allá de la historia del progreso

*Conferencia inaugural en la III International Conference Strikes and Social Conflicts:
Combined historical approaches to conflict, Universitat Autònoma de Barcelona, 2016*

Josep Fontana

(Traducción de Jordi Domènech)

Mi generación se educó en la convicción de que la historia de la humanidad era el relato de un proceso ininterrumpido de progreso, un hecho que tenía una de sus manifestaciones más evidentes en el crecimiento económico, a lo que se añadía la convicción de que, paralelamente, la sociedad avanzaba hacia un mundo más libre y más igualitario. La conjunción de estas dos esperanzas animaba nuestras aspiraciones a un futuro de mejora colectiva.

La idea de que este progreso era una realidad imparable fue defendida por Keynes en 1930, en plena crisis mundial, en un escrito, "Las posibilidades económicas de nuestros nietos", donde exponía una visión optimista del futuro: "Pienso con ilusión en los días no muy lejanos del mayor cambio que nunca se haya producido en el entorno material de los seres humanos en su conjunto." Lo cual se concretaba en la predicción de que "dentro de un siglo, el nivel de vida en las naciones progresivas será entre cuatro y ocho veces más alto que el actual", y en la visión de un mundo en el que bastaría con trabajar tres horas diarias, en semanas de 15 horas. Y a todo ello se añadía la dimensión igualitaria: "cuando la acumulación de riqueza ya no tenga demasiada importancia social, habrá grandes cambios en los códigos morales" [1].

Había algunos puntos oscuros en esta predicción, de los cuales no voy a ocuparme, como el hecho de que no preveía que debieran modificarse las reglas de la explotación colonial, de la que en parte dependía la prosperidad de las que él llamaba "las naciones progresivas".

El caso es que los años que siguieron a esta previsión de Keynes fueron de contracción económica y de paro, que parecían desmentir sus esperanzas. Pero el crecimiento comenzó tras la II Guerra Mundial, en aquellos 30 felices años que discurrieron entre 1945 y 1975.

Hacia 1968 aparecieron argumentos contrarios al optimismo por lo que se refería a la continuidad del crecimiento. Las primeras observaciones se centraron en el temor mal-

tusiano al aumento excesivo de la población. Esa era la opinión de Paul Ehrlich en su libro *The population bomb*, publicado en 1968, donde anunciaba que el mundo podía morir de hambre si no se tomaban rápidas medidas para controlar el crecimiento de la población. Al igual que Garrett Hardin, que en un artículo que se hizo famoso, "The tragedy of the commons", aparecido en *Science* en el mismo año 1968, afirmaba que la única manera de evitar "la miseria de la superpoblación" era "renunciar a la procreación, y hacerlo de manera inmediata" (por cierto, Hardin y su mujer se suicidaron unos años después) [2].

El más influyente de estos avisos fue, sin duda, el informe del Club de Roma, publicado en 1972, el cual afirmaba que "si se mantienen las tendencias actuales de crecimiento de la población mundial, industrialización, contaminación ambiental, producción de alimentos y agotamiento de los recursos, este planeta llegará a los límites de su crecimiento en el transcurso de los próximos cien años" [3].

El caso es que este tipo de pesimismo ha reaparecido después de la crisis que se inició en 2007-2008, con nuevos discursos sobre el fin del crecimiento. La rápida expansión de la producción que tuvo lugar en el mundo desde la revolución industrial, habría sido un fenómeno único e irrepetible, según se nos dice ahora: "el rápido progreso alcanzado en los últimos 250 años —escribía Robert Gordon en 2012— puede haber sido un episodio único en la historia humana" [4].

Por su parte, Larry H. Summers, ex secretario del Tesoro con Clinton de 1999 a 2001, exponía en 2013 su tesis sobre el estancamiento secular, que Paul Krugman recogió en un artículo en *New York Times*, en el cual afirmaba que "tenemos una economía cuya condición normal es una suave recesión, y en la que los breves episodios de prosperidad son producidos tan sólo gracias a las burbujas y a un endeudamiento insostenible", una consideración que le llevaba a estas inquietantes preguntas: "¿Y si el mundo en que vivimos desde hace cinco años fuese la nueva normalidad? ¿Y si estas condiciones de cuasi depresión llevaran camino de mantenerse no uno o dos años más, sino por décadas?" [5].

Sin embargo, lo que hoy me interesa es el otro componente de la historia del progreso: el que se refiere a la mejora colectiva, al avance de la igualdad. En 1954, Simon Kuznets se planteaba esta pregunta: "¿La desigualdad en la distribución de los ingresos, aumenta o disminuye en el transcurso del crecimiento económico de un país?" [6].

La respuesta, expresada en lo que se denomina la "curva de Kuznets", fue que la desigualdad aumentaba en una primera fase del crecimiento, pero que comenzaba a disminuir a partir de cierto punto. Los razonamientos de Kuznets son más complejos; pero la conclusión general podría sintetizarse en la afirmación de que el aumento de la desigualdad es una especie de accidente del proceso de crecimiento, y que se invierte en un punto a partir del cual se inicia un reparto más equitativo de los ingresos.

A ello vendría a sumarse el hecho de que la investigación de los historiadores ha modificado la antigua visión tradicional de un progreso económico que habría ido acompañada de una mejora paralela de los niveles de vida de la población. Trabajos como los de Jan De Vries y Jan L. Van Zanden, han mostrado que el crecimiento económico en Europa desde el siglo XVI hasta finales del siglo XVIII, se produjo en un contexto en que los salarios reales disminuyeron y se exigía a las familias una intensificación del trabajo destinado al mercado. Y, efectivamente, las observaciones antropométricas que relacionan la evolución de la estatura con los niveles de vida, entre 1500 y 1800 muestran evoluciones negativas, tanto para Inglaterra como para Holanda o Estados Unidos. La conclusión de Van Zanden es que hubo "una relación inversa entre desarrollo y nivel de vida", que obliga a pensar que amplios sectores de la población europea no sacaron demasiado provecho del progreso económico que se produjo [7].

Esta situación no acabó en 1800, sino que prosiguió durante el desarrollo de la industrialización, por lo menos hasta mediados del siglo XIX. En torno a los años 40 del siglo XIX fue precisamente cuando al problema de los bajos salarios reales de los trabajadores industriales, se añadieron los efectos de las transformaciones agrarias, llevadas a cabo a costa de la propiedad colectiva de prados y bosques. En Inglaterra fueron los "años cuarenta famélicos" que Engels pudo ver en Manchester; en Alemania fueron los años de la miseria de los tejedores de Silesia y de los robos de leña de los cuales se ocupó Marx en la *Gaceta Renana*; en Italia fueron los de la generalización del *furto campestre*; en Irlanda los de la crisis de la patata... Años de hambre, enfermedades y ruina en toda Europa.

En 1848, cuando Karl Marx y Friedrich Engels publicaron su primer llamamiento a un cambio global de la sociedad europea, reaccionaban contra esta situación: contra la frustración de las esperanzas que habían depositado en el desarrollo paralelo de la lucha por las libertades políticas iniciado por la Revolución francesa, y de la nueva capacidad de crear riqueza que surgía con la industrialización. Ni las libertades habían avanzado como se esperaba, ni los beneficios de la industrialización habían alcanzado a los trabajadores.

En 1995 Van Zanden propuso incluir esta revisión de la historia de la economía europea en el esquema de la curva de Kuznets. Según esta perspectiva, en la Edad Moderna habría tenido lugar una asociación entre crecimiento y desigualdad, lo cual continuaría hasta que en el último tercio del siglo XIX, entre 1870 y 1900, se habría iniciado una fase en que "el crecimiento económico fue acompañado habitualmente de una disminución de la desigualdad. En consecuencia, puede argumentarse que hubo una gran curva de Kuznets que duró siglos, y que estuvo caracterizada por una creciente desigualdad, hasta que en algún momento del último tercio del siglo XIX se produjo un cambio de tendencia y se inició la disminución de la desigualdad que caracterizaría al siglo XX" [8].

Acemoglu y Robinson, por su parte, revisarían más adelante la hipótesis de la curva de Kuznets, matizándola de esta manera: "Cuando el desarrollo conduce a un aumento de la desigualdad, puede inducir a la inestabilidad política y forzar a las élites políticas a una democratización [...] que lleve a cambios institucionales que alienten la redistribución y reduzcan la desigualdad." Pero ésta no es una evolución obligada y las respuestas políticas pueden ser distintas. La disminución de la desigualdad sólo se produciría en aquellas sociedades en las que pudieran desarrollarse "reformas políticas [...] inducidas por el aumento de las tensiones sociales y la inestabilidad política" en respuesta a la desigualdad [9].

La conclusión, por lo tanto, sería que crecimiento e igualdad son dos fenómenos independientes, que sólo se coordinan cuando la tensión social y la inestabilidad política fuerzan a realizar concesiones en el terreno del reparto de los ingresos. Unas concesiones que habitualmente se materializan por medio del aumento de los impuestos, los cuales permiten financiar los servicios sociales que recibe el conjunto de la población, y del apoyo del Estado a la actuación de los sindicatos para negociar salarios y condiciones de trabajo. Es una buena explicación de lo ocurrido en la posguerra, después de 1945, cuando se consolidó el Estado del bienestar, y una legitimación política de la socialdemocracia, que fue el artífice de este proceso.

El problema es que la curva dejó de funcionar hacia 1975, y que el proceso de mejora en el terreno de la igualdad permanece detenido desde entonces. Paul Krugman analizó este fenómeno, al cual dio el nombre de la "gran divergencia". Desde 1970, afirma, "las normas e instituciones de la sociedad norteamericana han cambiado, de manera que o bien han favorecido o bien han hecho posible un incremento radical de la desigualdad". Tomando como pretexto la necesidad de superar los efectos de la crisis del petróleo, se emprendió la lucha contra los sindicatos, completada por una serie de acuerdos de libertad de comercio que permitieron a las empresas deslocalizar la producción a otros países e importar luego sus productos, con la finalidad de debilitar la capacidad de los obreros del propio país para luchar por mejoras en las condiciones de trabajo y de los salarios.

Al mismo tiempo, este proceso provocó un cambio en la estructura del poder económico, con un claro retroceso del papel que ejercían los municipios y los sindicatos, y un avance del de los organismos de dirección de las empresas y de las finanzas [10].

A comienzos del siglo XXI, con la aceleración de los cambios políticos y sociales que provocó la crisis de 2007-2008, se ha acentuado la necesidad de buscar argumentos que expliquen por qué una vez pasada la crisis no se recupera la antigua dinámica del progreso económico y social.

Una de las explicaciones más influyentes ha sido la de Thomas Piketty en su libro *El capital en el siglo XXI*, el cual niega radicalmente que haya habido nunca una dinámica de aumento de la igualdad. La desigualdad es para Piketty una característica permanente de la historia humana. "En todas las sociedades y en todas las épocas —dice— la mitad de la población más pobre en patrimonio no posee casi nada (por lo general en torno a un 5 % del patrimonio total), la décima parte superior de la jerarquía de los patrimonios posee una clara mayor parte del total (por lo general más de un 60 % del patrimonio total, y en ocasiones hasta un 90 %), y la población comprendida entre estos dos grupos [...] posee una parte entre el 5 % y el 35 % del patrimonio total."

Su análisis le conduce a una interpretación de la historia que formula de un modo rotundo: "Durante una parte esencial de la historia de la humanidad el hecho más importante es que la tasa de rendimiento del capital ha sido siempre por lo menos entre diez a veinte veces superior a la tasa de crecimiento de la producción y del ingreso. En esto se ha basado, en gran medida, el fundamento mismo de la sociedad: es lo que ha permitido a una clase de poseedores consagrarse a algo más que a su propia subsistencia" [11].

Así pues, a comienzos del siglo XXI habríamos llegado a un completo desmentido de la vieja historia del progreso. En materia de crecimiento económico estaríamos en una etapa de estancamiento secular. Y por lo que respecta a los avances en el terreno de la igualdad, Piketty pretende convencernos que han sido el fruto de una ilusión.

En su interpretación vemos que los niveles de desigualdad de finales del siglo XIX y comienzos del XX han reaparecido en el siglo XXI, y se prevé que duren todavía muchos más años. La desigualdad es la normalidad, y la mejora que reivindicaba la curva de Kuznets sería un error. Cuando Piketty analiza los felices años entre 1945 y 1975, cuando parecía que las cosas estaban cambiando, los interpreta como el resultado del "caos del período entre las dos guerras" y de "las fuertes tensiones sociales que lo caracterizaron".

Lo que ocurre es que no es cierto que nos hallemos en una etapa de estabilidad de la desigualdad, sino que uno de los aspectos más graves de la evolución actual es que la desigualdad está experimentando un aumento incontrolable, que ha conducido a previsiones tan angustiosas como la del informe de Oxfam de 2015, donde se afirma que "si continúa esta tendencia al aumento de la riqueza de los más ricos, en tan sólo dos años el 1 % de los más ricos tendrá más riqueza que el 99 % restante" [12].

Pienso que la interpretación de lo que ha ocurrido en el transcurso del siglo XX, que nos ha llevado a la situación en que nos encontramos actualmente, no puede hacerse desde el terreno en que se mueven los análisis a que nos hemos referido hasta aquí, sino que exige que introduzcamos una dimensión política, que está ausente por completo en el libro de Piketty, donde no sólo la historia del siglo es explicada sin mencionar la Revolución soviética de 1917, sino que la palabra "sindicatos" aparece una sola vez, en la pági-

na 491. ¿Puede interpretarse la evolución a largo plazo de los salarios y de las condiciones de trabajo prescindiendo de la actuación de los sindicatos? Creo que no.

Introducir la política en el análisis nos conduce a examinar con más profundidad qué ha ocurrido desde el inicio de la "gran divergencia", a partir de los años de la presidencia de Ronald Reagan, cuando comenzó el recorte de los impuestos a los más ricos (que no produjo el aumento de las inversiones anunciado), y cuando se inició la guerra contra los sindicatos y se estancaron los salarios, a la vez que se favorecía la desregulación financiera, la cual dio lugar a la crisis de las cajas de ahorros norteamericanas, un primer aviso de lo que se repetiría en 2007-2008 con la gran banca [13].

Desde entonces, la política ha quedado secuestrada en manos de los intereses empresariales. Un trabajo de Martin Gilens, profesor de la Universidad de Princeton, y de Benjamin Page, de la Universidad Northwestern, que lleva el título "Probando las teorías sobre la política norteamericana: élites, grupos de interés y ciudadanos medios", aplica un método de análisis multivariante para examinar las teorías dominantes sobre la política en Estados Unidos, y llega a la siguiente conclusión: "La mayor parte del público norteamericano tiene escasa influencia sobre las políticas que adoptan los gobiernos. Los norteamericanos disfrutaban de muchas de las características básicas de un gobierno democrático, como elecciones regulares, libertad de expresión y de asociación [...]. Sin embargo, pensamos que si la práctica política es dominada por poderosas organizaciones de negocios y un pequeño número de norteamericanos ricos, la pretensión de que Estados Unidos sea una sociedad democrática está seriamente amenazada." El trabajo fue recibido por el *Washington Post* con un artículo titulado "Los ricos gobiernan" [14].

Estos intereses acabaron controlando también, por la vía de la financiación y el mecenazgo, a universidades, iglesias e instituciones de todo tipo. "Nuestra democracia está amenazada de manera directa cuando los ricos compran a los políticos —escribía Robert Reich—, pero no es menos peligrosa la tranquila y aún más insidiosa compra de las instituciones de las que depende la democracia para investigar, exponer y movilizar las actuaciones contra lo que está sucediendo" [15]. Se trata con ello de facilitar la aceptación universal de una situación que nos condena a perpetuidad a lo que Christine Lagarde, directora del Fondo Monetario Internacional, definió en una entrevista como "la nueva mediocridad".

Nos hallamos en una situación en que está claro que han cambiado las reglas de juego social que hicieron posible en el pasado las conquistas que condujeron al Estado del bienestar. La socialdemocracia, que tuvo una parte fundamental en estas conquistas, acabó aceptando, como señala Hobsbawm, "la idea de que el predominio del mercado hace innecesaria la supervivencia de la política, entendida en el sentido de lo que Habermas definió como la organización de la 'esfera pública', en la cual la gente forma sus opiniones y se une para alcanzar objetivos colectivos". Pero "la soberanía del mercado —añade Hobsbawm— no es un complemento de la democracia liberal, sino una alter-

nativa a este sistema. En realidad, es una alternativa a cualquier clase de política, ya que niega la necesidad de tomar decisiones políticas, que son precisamente decisiones relacionadas con intereses comunes o de grupo" [16].

La forma en que las nuevas reglas afectan a la situación de los trabajadores resulta fácilmente visible en la degradación de las condiciones a las que se ven sometidos. Según la Organización Internacional del Trabajo, un 48 % de los ocupados lo está en puestos "vulnerables", con el riesgo de no tener ni unos ingresos asegurados ni acceso a la seguridad social. Una situación que ha ido en aumento con el auge del "trabajo flexible", que se da cada vez más en las empresas que contratan a un gran número de trabajadores, como los grandes almacenes, los supermercados o los negocios de comida rápida, en los que abundan los contratos de diez, ocho o incluso cero horas. Los contratos de pocas horas, que no garantizan un mínimo de paga y obligan a los trabajadores a estar siempre disponibles para cuando se les necesite, no solamente vulneran las normas que se habían ganado en doscientos años de luchas sindicales, sino que superan incluso las reglas de la esclavitud tradicional, donde el propietario tenía por lo menos la obligación de alimentar al esclavo [17].

Vemos, pues, cómo cambian las visiones de Kuznets o Van Zanden cuando introducimos en ellas una dimensión política. Entre 1870 y 1900, cuando Van Zanden considera que se inició el cambio de tendencia, tuvo lugar precisamente la Commune de París, que provocó el surgimiento del miedo a la subversión del orden económico y social establecido.

Un temor que sería alimentado de nuevo en 1917 por la Revolución soviética y por la extensión del movimiento comunista mundial. Y el final de la curva de aumento de la igualdad, hacia 1975, viene a coincidir con el último fracaso de la ilusión comunista, en 1968, cuando la negativa de los dirigentes comunistas a apoyar en París la revolución de los estudiantes y, mucho más aún, su incapacidad para aceptar el desafío del programa de socialismo con rostro humano planteado en Praga, demostraron claramente que su vocación revolucionaria había acabado.

Había acabado, efectivamente, el ciclo que Marx y Engels iniciaron en 1848, y que tuvo su efecto más potente en la Revolución de 1917, a consecuencia de la cual se extendió el temor al fantasma del comunismo internacional. Este temor, que sostuvo la gran mentira de la guerra fría, ocultando su componente de contrarrevolución social, se fue desmontando gradualmente, y la coalición de los intereses empresariales, esta poderosa minoría del 1 por mil de los más ricos, fue directamente a la tarea de combatir a los sindicatos, rebajar los salarios y desmantelar el Estado del bienestar.

Parece claro que la historia del siglo XX, cuya comprensión nos es necesaria para entender nuestra situación actual, no se puede explicar sin introducir en el relato, como uno de los factores más importantes, el gran temor del socialismo, y que para entender el

mundo en que vivimos hemos de recuperar la historia de las luchas sociales, añadiendo a ellas la dimensión, olvidada con demasiada frecuencia, de la lucha de los campesinos del mundo subdesarrollado por la tierra.

Pero con esto no es suficiente. Podemos verlo en la insuficiencia de las propuestas que se presentan hoy día para resolver el problema de la desigualdad, la mayor parte de las cuales se limitan a plantear la recuperación de los métodos de la socialdemocracia. Este es el caso, por poner un ejemplo, de Antony Atkinson, que cree que las cosas pueden resolverse aumentando los niveles salariales, y subiendo los impuestos sobre la renta, el patrimonio y la herencia, etc. [18].

Sin embargo, el retorno a las antiguas normas no es posible, porque mientras tanto es todo el contexto social el que ha cambiado, empezando por el propio capitalismo al cual se pretende imponer de nuevo unas reglas que ya consiguió superar después de 1975.

Necesitamos también una nueva lectura de la naturaleza del capitalismo actual, el cual ha cambiado bastante desde que en 1917 los socialistas predicaban la lucha del proletariado contra los empresarios industriales. Son necesarias nuevas vías de exploración, como las sugeridas en un escrito del chileno José Gabriel de Palma, elaborado a partir de una observación de Tony Lawson, que sostiene que el darwinismo nos enseña que el triunfo de un grupo de miembros de una población no siempre es un indicador de su superioridad, sino que puede ser consecuencia de que poseen una característica que los hace superiores a los demás en un entorno local, sin que ello signifique nada sobre "su valor intrínseco".

Palma utiliza este argumento para interpretar el capitalismo actual: "Mecanismos de la selección natural de esta especie son cruciales para entender la naturaleza real del neoliberalismo, que busca crear un entorno económico *artificial* que sea el más adecuado para aquellas características que posee el capital y los demás no. Podría parecer que el discurso neoliberal versa sobre la promoción de un 'orden' basado en la iniciativa individual y en una macroeconomía dura, y la lucha contra el paternalismo. Sin embargo, su propósito real es promover un tipo especial de 'desorden' que pueda ayudar a legitimar la supremacía del capital, por cuanto sólo él puede prosperar en un entorno inestable y de elevados riesgos: ¡en esta jungla el capital es el rey!"

En este escenario de triunfo del nuevo capitalismo, añade, "la mayor parte de las vigorosas luchas políticas, sociales y económicas que nos aportaron tanta civilización, desde la huelga del puerto de Londres en 1889, el Ford T, el temor al contagio de los ideales utópicos de los primeros sóviets, el *New Deal* y Keynes, todo se lo ha llevado el viento. Los acontecimientos de las últimas tres décadas han demostrado la razón que tenía Adam Smith cuando decía que 'sin competencia no puede haber progreso'. ¡Y hasta ahora pocos parecen haber entendido que esto se aplica también a la política!" [19].

Considero esta cita sólo como una incitación a la tarea de repensar globalmente los problemas actuales. Una tarea a la cual los historiadores deberíamos contribuir rehaciendo la historia del período que va de 1917 hasta el presente. Una revisión que habremos de llevar a cabo dejando de lado las viejas ilusiones que nos mostraban dicha historia como el relato del avance imparable del progreso, para reinterpretarla como una lucha en torno a la igualdad, la cual se ha desarrollado de manera incierta, con victorias y derrotas repartidas.

Necesitamos entender muy bien lo que ha ocurrido para ayudar a encontrar caminos de salida y métodos de lucha que nos permitan evitar el riesgo en el que nos encontramos de perder completamente —y retomo para expresarlo las palabras de Palma— "la mayor parte de las vigorosas luchas políticas, sociales y económicas que nos aportaron tanta civilización".

Necesitamos enterrar las ilusiones de la vieja historia del progreso y dedicarnos a elaborar una nueva historia de la lucha, con un espíritu similar —aunque no será con la misma letra— al que inspiró las propuestas que hicieron Marx y Engels en 1848. Ahora bien, parece claro que nos adentramos de nuevo en otra época como la de los "años cuarenta famélicos".

Notas

[1] John Maynard Keynes, *Ensayos de persuasión*, Barcelona, Crítica, 1988, pp. 323-333.

[2] Paul R. Ehrlich y Anne H. Erlich, *La explosión demográfica: el principal problema ecológico*, Barcelona, Salvat, 1993; Garrett Hardin, "The tragedy of the commons", *Science*, new series, vol. 162, n.º 3859, 13 diciembre 1968, pp. 1243-48.

[3] Donella H. Meadows *et al.*, *Los límites del crecimiento. Informe al Club de Roma sobre el predicamento de la humanidad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972, p. 40.

[4] Robert J. Gordon, "Is U.S. economic growth over? Faltering innovations confronts the six headwinds", National Bureau of Economic Research, Working Paper 18315, agosto de 2012.

[5] El mejor análisis de los planteamientos de Summers puede verse en el volumen colectivo de Coen Teulings y Richard Baldwin (eds.), *Secular Stagnation: Facts, Causes and Cures*, Londres, CEPR (VoxEU.org eBook), 2014. El artículo de Paul Krugman, "A permanent slump?", *New York Times*, 17 noviembre 2013.

[6] Simon Kuznets, "Economic growth and economic inequality", *American Economic Review*, XLV, nº 1, 1955, pp. 1-28.

[7] J. De Vries, *La revolución industrial. Consumo y economía doméstica desde 1650 hasta el presente*, Barcelona, Crítica, 2009; Jan L. Van Zanden, *The long road to the Industrial revolution:*

the European economy in a global perspective. 1000-1800, Leiden, Brill, 2009; "Wages and the standard of living in Europe, 1500-1800", *European Review of Economic History*, 3, n.º 2, 1999, pp. 175-197; Robert C. Allen *et al.* (eds.), *Living Standards in the Past. New Perspectives on Well-being in Asia and Europe*, Oxford, Oxford University Press, 2005; Roderick Floud *et al.*, *The Changing Body. Health, Nutrition, and Human Development in the Western World since 1700*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011.

[8] J. L. Van Zanden, "Tracing the beginning of the Kuznets curve: western Europe during the early modern period", *Economic History Review*, 38, n.º 4, 1995, pp. 643-664.

[9] Daron Acemoglu y James A. Robinson, "The political economy of the Kuznets curve", *Review of Development Economics*, 6, n.º 2, 2002, pp. 183-203.

[10] Paul Krugman, *Después de Bush*, Barcelona, Crítica, 2008, pp. 141-170.

[11] Thomas Piketty, *Le capital au XXIe siècle*, París, Seuil, 2013, pp. 536-537 y 561.

[12] Oxfam International, *Wealth: Having it all and wanting more*, enero de 2015.

[13] Una valoración global en Doug Rossinow, *The Reagan era. A history of the 1980s*, Nueva York, Columbia University Press, 2015.

[14] Martin Gilens y Benjamin I. Page, "Testing theories of American politics: Elites, interest groups, and average citizens", *Perspectives on Politics*, 12, n.º 3, 2014, pp. 564-581.

[15] Robert Reich, "The political roots of widening inequality", *American Prospect*, primavera 2015; la última cita es de "The big chill: How big money is buying off criticism of big money", artículo en su blog, 6 abril 2015.

[16] Esta cita enlaza dos textos que proceden de E. Hobsbawm, *Guerra y paz en el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2007, p. 110, y *Cómo cambiar el mundo*, Barcelona, Crítica, 2011, p. 424.

[17] International Labor Organization, *Global employment trends 2014*, Ginebra, 2014, p. 11; Rowena Mason, "Jobseekers being forced into zero-hours roles", *The Guardian*, 5 mayo 2014.

[18] Anthony B. Atkinson, *Inequality*, Harvard University Press, 2015; Jonathan A. Knee, "Review: In 'Inequality' a respectable scholar wades into a contentious political issue", *New York Times*, 28 mayo 2015; Michael Roberts, "Clinton, Atkinson, Stiglitz y la reducción de la desigualdad", *Sin-Permiso*, 31 mayo 2015.

[19] José Gabriel de Palma, "Homogeneous middles vs. Heterogeneous tails, and the end of the 'Inverted-U': the share of the rich is what it's all about", *Cambridge Working Papers in Economics*, 1111, enero 2011, pp. 39-40.

Fuente original:

["Més enllà de la història del progrés"](#), en Martí Marín Corbera, Xavier Domènech Sampere y Ricard Martínez i Muntada (eds.), *III International Conference Strikes and Social Conflicts: Combined historical approaches to conflict. Proceedings*, Barcelona, CEFID-UAB, 2016, pp. 1-11.